



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE  
ROSARIO** Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

**Consideraciones clínicas acerca de la violencia hacia los**

**niños.** Modalidad de Presentación: Ensayo

Autor/a: Dallazuana Francou Giuliana Ayelén

Legajo: D-5241/8

Docente o Graduado/a Responsable: Castronuovo Ana

Clara 2021

**AGRADECIMIENTOS**

En primer lugar, agradecer a los docentes que me acompañaron en el proceso de organización y escritura del presente ensayo, Castronuovo Ana Clara y Del Ponte Javier. Sin su guía, seguimiento, incentivo y ayuda, no hubiera sido posible acercarme y pensar al respecto de la temática abordada. Ha sido un privilegio poder contar con su transmisión en el último paso dentro de la vida universitaria.

A la Facultad de Psicología y sus docentes, que han contribuido a mi crecimiento, no solo académico, sino que también personal. Transitar sus pasillos, tener largas jornadas de cursado, conocer distintos espacios y acercarme a docentes y compañeros me han permitido construir la persona y la futura profesional que deseo ser. La Universidad y la Educación Pública siempre guardaran un lugar de gran importancia en mí.

A mi familia, los que están físicamente y los que me acompañan desde algún lugar. Me han apoyado desde el principio, cuando irse a una gran ciudad, lejos de todos, era tan solo una idea. Hasta estas últimas instancias. Siempre con palabras de apoyo o mensajes de aliento. Compartiendo mis logros y alegrías. Haciendo que las distancias sean más cortas. A mis amigas de toda la vida, que están conmigo desde que éramos muy pequeñas. Crecimos juntas y, a pesar de las distancias y contratiempos, supieron estar siempre cerca.

Me apoyaron en este camino, cada una desde un lugar diferente, pero siempre confiando en mí y festejando mis logros como si fueran suyos. Son las hermanas que elijo y agradezco infinitamente tenerlas en mi vida.

A las amigas que me dio esta hermosa carrera, el Clan. Esas personas que nunca pensé conocer y que hicieron que hoy pueda llegar hasta el final de un camino que, sin ellas, hubiera sido imposible de recorrer. Gracias es demasiado poco para todo lo que han hecho por mí. La contención, el apoyo, las risas, los llantos, los debates, los chistes internos, los festejos y una cantidad de horas incalculables que pasamos juntas. Mujeres que me enseñaron a ver otra perspectiva del mundo, a luchar por nuestros derechos, y por las que tengo un cariño infinito. Son para siempre mi familia en Rosario.

A mi ahijada, Pilar, que con pocos meses de vida me ha enseñado mucho más de lo que hubiera esperado. Gracias a ella pude encontrar un interés diferente sobre los niños, dejando de lado lo que dicen los libros. Pasar tiempo con ella, observarla y verla crecer, son de las cosas que más felicidad me generan en este último tiempo. Me devolvió las ganas de terminar este proyecto; me dio el impulso y la fuerza que me faltaba. Es la niña que se robó completamente mi corazón desde que la conocí, y quien me motiva a luchar para construir un futuro sin miedos y con más libertad.

A mi mamá, mi compañera de ruta, mi faro, la que siempre está. No sólo tengo que agradecerle por su apoyo, su paciencia y su optimismo durante el transcurso de la formación, donde muchas veces en las que hubiera querido renunciar, era con quien encontraba la calma. También, le debo gran parte de la persona que soy. Me ayuda a transformarme en una mujer independiente, con convicciones, que lucha por lo que cree justo. Su amor y su ejemplo me ayudan a acercarme a quien quiero ser. Este logro es por ella, es de las dos, porque sin su guía jamás hubiera sido posible.

Resumen	y	palabras
claves.....		4
Introducción.....		
5 Desarrollo:		
• En relación al concepto de niño.....		7 •
Sobre la violencia.....		10 •
El juego en la clínica.....		15
Conclusión.....		2
0		
Bibliografía.....		22

## RESUMEN

En el siguiente trabajo se parte de la premisa en torno al juego como una puesta en acto ficcional, que le permite al analista leer las situaciones de violencia que atraviesan al niño, donde sus figuras parentales son quienes ejercen dicho acto. Es decir, se establece al juego como posibilitador de un *decir infantil*. Para ello, se han recorrido diferentes conceptos e ideas desarrollados por referentes del Psicoanálisis.

Dicho recorrido se realiza a los fines de poder establecer ciertos indicadores clínicos al respecto de la violencia parental y el rol que adopta el juego en tanto herramienta dentro de la clínica psicoanalítica aplicada a niños. Para ello, se desarrollan tres apartados. En el primero se establece una conceptualización al respecto de la figura del niño, ya que es fundamental para el trabajo clínico. El segundo capítulo apunta a una conceptualización de la violencia, por lo cual se aborda la agresividad desde los planteos de Freud y Lacan,

la idea en torno a una crianza siempre desproporcionada, y la definición de la relación entre la violencia y el narcisismo de los padres. Y en el último apartado se establece la propuesta al respecto del juego, considerando la puesta en acto ficcional como la clave para la lectura clínica.

A modo de conclusión, se establecen estas consideraciones como organizadores para un trabajo dentro de la clínica analítica con niños. Al mismo tiempo, se revaloriza el lugar del juego en este espacio y el rol fundamental que adopta.

**Palabras clave:** niño, violencia, juego

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se propondrá abordar la problemática del juego en la clínica psicoanalítica y su relación con la violencia, considerando la situación de niños expuestos a situaciones de violencia de parte de quienes cumplen funciones parentales. Se parte de la premisa de que el juego es uno de los modos del *decir infantil* que permite al niño poner en acto de manera ficcional lo excesivo de la violencia.

Se considerará al concepto de violencia desde los planteamientos de Freud, quien no definió estrictamente esta cuestión, pero se lo puede poner en relación a una idea que sí forma parte de sus desarrollos: la agresividad. La agresividad se emparenta con la pulsión de muerte, ligada a la destrucción, fragmentación y dispersión. Desde los planteos de

Freud en *Más allá del principio de placer* (1984) se define una mezcla pulsional donde la pulsión de vida, tendiente a la autoconservación, y la pulsión de muerte, la tendencia de volver hacia lo inanimado, se encuentran en convivencia y, a la vez, en lucha constante. Esto quiere decir, que las pulsiones no se presentan de manera pura y que, tal como Freud lo plantea en *El malestar en la cultura* (1986), su expresión se ve limitada por acción de la cultura, por lo que la tendencia agresiva lucharía por su satisfacción. La cultura vela por establecer los vínculos sociales entre los seres humanos, por lo que va a inhibir las fuerzas anímicas que tienden a exteriorizar la hostilidad del hombre. Dicha inhibición se va a ejercer a través de las leyes que regulan a la sociedad. La violencia sería entonces el modo de exteriorización de la agresividad de tipo destructivo, donde la cultura no ha podido establecer dichos límites.

En la siguiente cita del texto *El malestar en la cultura*, Freud se acerca a una idea de violencia en relación a una pulsión agresiva:

El ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino la tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infringirle dolores, martirizarlo y asesinarlo. (1986, p. 108)

La problemática determinada al principio se abordará desde la perspectiva de la clínica psicoanalítica. Se tendrá en cuenta que la inmersión del niño en un contexto de violencia proveniente de un Otro significativo afectará a la constitución de su subjetividad y provocará sufrimiento subjetivo. Esto se podría vislumbrar en el decir del niño, entendiendo ello, no sólo en relación a su expresión a través de la palabra, ya que en la clínica con niños se trabaja en gran medida desde el juego, el dibujo y los diferentes dispositivos terapéuticos con base en lo lúdico.

Dentro de este marco, tomando como hipótesis que el niño podría exteriorizar a través de su decir las situaciones de violencia que vivencia, es que se plantea como interrogante: ¿Qué lugar ocupa el juego dentro del espacio clínico? Se indagará sobre el juego como puesta en acto ficcional y su implicancia en la clínica psicoanalítica con niños. Esta consideración del juego en tanto herramienta clínica se desarrollará a partir de la respuesta a ensayar sobre la pregunta: ¿Qué estatuto clínico otorgarle a la violencia que ejercen las

figuras parentales hacia los niños? Donde se abordarán diferentes indicadores u organizadores clínicos al respecto de la mencionada violencia.

La clínica analítica con niños puede ser pensada como un espacio de intervención que se debe caracterizar por la plasticidad, en términos de estar abierta a una modificación permanente, teniendo en cuenta la singularidad de cada niño. Al mismo tiempo, es de primordial importancia resaltar que la clínica con niños implica el trabajo sobre un sujeto que adviene al universo simbólico, donde la relación con un Otro se vuelve determinante

para incluir su existencia en el campo de la cadena significante. Es preciso que el analista se deje llevar por lo que el niño propone o desee hacer en cada encuentro, donde la terapéutica se irá desarrollando como una construcción entre analista y analizante. En este punto, es necesario determinar que este ensayo se centrará específicamente en el trabajo analítico con el niño o niña, ya que en términos clínicos el dispositivo analítico supondría intervenir también con los padres u otros miembros de la familia. Desde el

campo disciplinar, se plantea el interés sobre esta problemática en relación a poder pensar la labor del analista como aquel que abre el espacio para que el niño pueda poner en acto y, al mismo tiempo, posibilita una escucha. Una puesta en acto de manera ficcional que le permite al analista leer más allá del decir del niño. A la vez, el recorrido teórico del presente escrito permite reconocer el valor de la época infantil en la constitución subjetiva; así como también, una revalorización de la actividad lúdica, siendo mucho más que un momento de recreación.

## **EN RELACIÓN AL CONCEPTO DE NIÑO.**

6

En primer lugar, cabe destacar que la categoría de niño deriva etimológicamente del latín *infans*, que significa “mudo, el que no habla”. Asimismo, desde una perspectiva histórica, se puede analizar cómo ha ido evolucionando la concepción de la niñez. Philippe Ariès

(1987) plantea que, hasta el siglo XVII, se pensaba predominantemente al niño como un adulto en miniatura. El autor se ocupa de describir la representación de la infancia a través del arte, pero se puede pensar que de la misma manera se la concebía en el terreno de la vida cotidiana. En esta época, primaba un sentimiento de indiferencia sobre la figura del niño, ya que, considerando su fragilidad, su pérdida era muy probable. Al mismo tiempo, se ubicaba al niño muy tempranamente como un par del adulto, estableciendo relaciones laborales. Es a partir del mencionado siglo que se le comienza a dar un lugar de importancia a la niñez, junto a un cuidado propicio de la misma. Este interés por el niño aparece en función al lugar que le dio la educación. Así, se comienza a pensar al niño como quien no está preparado para afrontar la vida por sí mismo y necesita de un sostén. De esta manera, cabe considerar que sobre la figura del niño pesan distintos discursos que, a la vez, fueron sufriendo variaciones históricas.

Particularmente desde el Psicoanálisis, se establece que el nacimiento del ser humano es caracterizado por cierto estado de prematuridad. Por ello, es necesario que otro pueda decodificar sus demandas y responder a ellas, satisfaciendo sus necesidades básicas. En este momento de dependencia, el bebé es todo organismo, no ha ingresado al lenguaje, al universo simbólico. Pero hay una estructura simbólica que lo antecede en el inconsciente de los padres. Elsa Labos plantea: "Al tomar al niño como un significante más en la estructura inconsciente, lo incorporamos no sólo como niño sino como un lugar que ocupa en el discurso parental" (1998, p. 310)

Desde la perspectiva lacaniana, la función materna y paterna son necesarias para la constitución subjetiva del niño. Este ingresa al orden de lo simbólico a partir de su relación con el Otro, encarnado primeramente por la madre. El deseo de la madre, en el encuentro del niño con el lenguaje, produce marcas en él, teniendo la palabra una función estructurante de la subjetividad. A partir de ello, el niño se irá significando como sujeto. En función a esto es que Betsy Soto Pérez determina: "el primer esbozo de sujeto encarnado en un cuerpo se organiza por las marcas simbólicas que lo atraviesan y lo que marca el ritmo del desarrollo es el deseo del Otro que opera sobre el niño a través de su discurso" (2005, s/p). Así es que se puede plantear que el sujeto se constituye como un significante más en la cadena simbólica a partir del lugar que encuentra en su relación con el Otro, y se estructura por la operación del Nombre-del-Padre.

Es propicio tener en cuenta la consideración alrededor de la constitución subjetiva del niño, ya que, tal como plantea Jaime Fernández Miranda (2019), es un momento en el que se van a instalar las bases para el futuro desarrollo del juego. El autor propone que existe una incidencia fundamental de la relación entre el bebé y el Otro en los primeros tiempos de la constitución subjetiva, los cuales serán estructurantes para el juego de ese niño. Dicha relación establecerá los modos en que el niño juegue. Al mismo tiempo, el juego será parte de dicha constitución subjetiva, en tanto se da lugar al despliegue de la creatividad y la ficcionalización por parte del niño. Así, el juego es un elemento estructurante en tanto produce sus efectos sobre la subjetividad. Por ello, el juego cobra gran importancia dentro de la clínica analítica y las intervenciones en ese marco.

Ahora bien, ¿qué es entonces un niño para el Psicoanálisis? Luciano Lutereau (2017) ensaya una respuesta en la que determina que el niño, en su condición infantil, está ubicado en una posición subjetiva. Ante la pregunta ¿Qué es un niño?, el autor ensaya una respuesta al enlazarla con otra pregunta: "¿Qué desea mi madre?". Asimismo, tomando este interrogante, Lutereau logra precisar que no se puede definir estrictamente la categoría de niño desde dicha pregunta. El autor explicita que esta es la pregunta de todo analizante por excelencia, considerando que siempre se vuelve a una posición infantil dentro del espacio de análisis.

(en el sentido lacaniano del término). “Si algo caracteriza a la infancia es estar a salvo del Otro sexo; la pregunta por el Otro sexo no se plantea en la infancia como tal” (Lutereau, 2017, p. 15). Es decir, que los niños pueden reconocer la diferencia sexual pero no se enfrentan a la problemática de la asunción de una posición sexuada; no se encuentran frente a la necesidad de asumir una posición con respecto a la diferencia sexual. Este planteamiento es sostenido por el autor en función a la importancia de las teorías sexuales infantiles, planteadas por Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* (publicado en 1905), dentro de la clínica analítica con niños. Aquí, Freud plantea al niño como “investigador”, donde la característica principal de la niñez sería la curiosidad y, por consiguiente, procurarse una satisfacción al respecto de la misma. De esta manera, los niños abordan el otro sexo a través del saber, construido a partir de dichas teorías sexuales. Este punto permite ubicar el lugar central que ocupan quienes cumplan las funciones parentales durante el desarrollo y constitución del niño, quien debe ser guiado y, a la vez, acogido dentro de dicho proceso de investigación. El adulto le ofrece un mundo completamente estructurado en el cual el niño se debe insertar y, al mismo tiempo, se deja abierta la puerta a la inventiva que éste pueda poner en marcha.

En función de este recorrido, la niñez puede ser pensada como el momento en que se pone en marcha el descubrimiento del mundo. La posición de investigador en la que Freud ubica al niño, permite considerar al juego como la herramienta que le sirve para desarrollar esta experimentación. Sin dejar de tener en cuenta que dicha investigación está orientada por la sexuación, que viene a introducirse en la vida del niño, cabe plantear que el juego que interesa al analista es aquel que implica una experiencia lúdica y, al mismo tiempo, tiene una estructura discursiva.

Entonces, indicado el rol que cumplen en la estructuración subjetiva de un niño quienes ocupen funciones parentales, ¿cómo pensar el ingreso del niño al discurso parental? En este sentido, Leandro de Lajonquiere (2011) propone que, en el seno de una familia, un niño es recibido como un extranjero, donde esa extranjería trae aparejado algo de lo familiar que retorna. Desde la propuesta del autor, el adulto busca conocer, a través del niño, en tanto extranjero, algo de su propia infancia: “Y lo que inquieta al adulto no es más que el hecho de haber sido alguna vez niño y, por lo tanto, de no haber sido el niño de los sueños de sus padres” (Lajonquiere, 2011, p. 215). Se supone que el extranjero trae un conocimiento de otro mundo. El lugar del niño que ese adulto fue, vuelve a través del hijo propio, y le permite conocer los misterios de la vida del niño. Se posiciona al niño como aquel que es poseedor de un saber no sabido, un saber sobre la infancia reprimida del propio adulto. Por eso se lo ubica en un lugar de extranjero-familiar, quien viene a resolver los enigmas narcisistas del adulto al respecto del niño que fue. De esta manera, el autor marca cierta desproporción entre las generaciones. En relación al desencuentro generacional, cabe considerar los planteos del Flesler (2011) donde determina que los tiempos lógicos en los que transcurre el devenir y la estructura del sujeto se dan en dependencia a otro. Esto se trasluce en los encuentros y desencuentros entre padres e hijos que dan lugar a la modificación sucesiva de objetos del mundo sobre los que apoya su atención e intención. De esta manera, se puede establecer que el niño juega en tanto los objetos alternan entre presencia y ausencia, entre esos encuentros y desencuentros, lo cual implica que el tiempo del sujeto es un tiempo recreativo marcado por el juego.

En la misma línea, pero dando un paso más, con Alba Flesler (2011) puede afirmarse que un niño llega al mundo porque le hace falta a un adulto, ya que de esta manera lo estableció Freud en sus equivalencias simbólicas. En este punto, se puede ubicar directamente al niño en relación al narcisismo de los adultos que se establecen como figuras parentales, tal como lo deja ver la célebre frase de Freud que la autora recupera: “His Majesty the baby”. En este sentido, el niño viene a ocupar el lugar de objeto colmante del fantasma del adulto, y se verá atravesado por ello en su propia constitución.

Considerando al niño como un objeto especial y extraño para el adulto frente a él, Flesler determina “dime qué es un niño para ti y te diré cómo lo analizas” (Flesler, 2011, p. 23).

De aquí, la importancia de establecer un posicionamiento y una conceptualización clara al

8

respecto, antes de pensar el tratamiento sobre una problemática específica. Es así que Flesler establece que el Psicoanálisis toma como objeto de abordaje al sujeto. Un sujeto de la estructura, sujeto del lenguaje, que no tiene edad cronológica, pero sí tiempos. Esto significa que no sería necesario pensar en una clínica psicoanalítica basada en especialidades y diferencias etarias, sino más bien un abordaje en función a los tiempos del sujeto. “Aceptar que *el psicoanálisis atiende al niño pero apunta al sujeto* y que tal sujeto no tiene edad sino tiempos, invita a reinterrogar las intervenciones del analista” (Flesler, 2011, p. 29). Estos tiempos se encuentran sujetos a la estructura real, simbólica e imaginaria, siguiendo la perspectiva propuesta por Lacan.

Estos tres conceptos fundamentales de la enseñanza de Lacan se entrecruzan y constituyen la estructura del sujeto, limitándose entre sí al respecto del lugar que ocupa cada registro en dicha estructuración. En este sentido, la autora considera a los tiempos de lo real como aquellos donde se pone en juego la reorganización del goce y la construcción del deseo. Por su parte, los tiempos imaginarios son los que permiten la modificación de las escenas. Y los tiempos de lo simbólico dan lugar a la recreación de la palabra, donde los significantes atraviesan y constituyen al sujeto. Son tiempos que traen aparejado algo del tiempo del sujeto del inconsciente y de la constitución del fantasma. Desde esta perspectiva, Lacan le da a la estructura del sujeto un estatuto lógico.

De esta manera, y a modo de síntesis, cabe considerar a la figura del niño como aquel que está atravesando el momento de constitución subjetiva, con el gran valor que ello agrega, en el cual se va adquiriendo una posición al respecto de quienes lo rodean. Este momento constitutivo tiene que ver con el ingreso al campo simbólico, donde es Otro quien da lugar a dicho ingreso a través de las marcas del lenguaje. Al mismo tiempo, el niño irá haciendo su propio descubrimiento y construcción del mundo. Y allí aparece el juego como actividad característica del tiempo infantil. Es la herramienta que permite conocer algo del mundo interior del niño y le permite a éste desplegar su creatividad e inventiva. Las diferencias entre el mundo de los adultos y el del niño serán capitales para comprender diversas problemáticas y conflictos que se dan de acuerdo al modo en que se vinculan entre generaciones. También, para comprender el lugar que ocupa el niño al respecto del narcisismo de los padres y cómo ello es definitivo a la hora de su estructuración subjetiva. Estos puntos pueden ser considerados como principales a la hora de hacer una conceptualización sobre el niño para llevar adelante un trabajo analítico.

## **SOBRE LA VIOLENCIA.**

La violencia es una problemática que atraviesa a la sociedad en todos los tiempos. Cuando este comportamiento abusivo es sufrido por niños, suele conmover al mundo entero. Por ello, hay diferentes disciplinas que se ocupan de su estudio a los fines de prevenirla. Para poder abordar dicha problemática en el presente escrito, es necesario definir esta concepción desde el posicionamiento adoptado. En este sentido cabe destacar que, al igual que lo establecido en relación a la categoría de niño, la violencia es definida, clasificada y diferenciada por diversos discursos, los cuales apuntan a su descripción a través de diferentes puntos de referencia según sus intereses y abordajes.

Desde los desarrollos originarios del Psicoanálisis, tomando a los escritos de Freud y Lacan como punto de partida, no hay una descripción específica de dicha concepción, como ya fue mencionado. Por lo que se puede adoptar la categoría de agresividad, a partir de la relación que establece Freud entre ella y la pulsión de muerte.

En primer lugar, Freud hace alusión a la cuestión de la agresividad en su célebre texto *El Malestar en la Cultura* (1986). Aquí, destaca el lugar que ocupa la agresividad, como concepto clave, y el rol que toma la cultura al respecto de ella, en tanto se la puede considerar como reguladora de las pulsiones más primitivas. Freud establece que la cultura surge como un intento de regular los vínculos sociales. En este sentido, el autor determina la importancia de que se desarrolle una convivencia en comunidad entre los hombres, para que, de esta manera, las fuerzas individuales se vean cohesionadas por el grupo. “Ahora el poder de esta comunidad se contrapone, como <<derecho>>, al poder del individuo, que es condenado como <<violencia bruta>>” (Freud, 1986, p. 94). Entonces, la cultura puede ser considerada como una limitación frente a cierto placer destructivo propio del ser humano. Es decir, sería un punto de contraposición directo con las tendencias agresivas y la violencia.

Lacan (2008), por su parte, en un Congreso en 1948, desarrolla cinco tesis al respecto de la agresividad, según el tratamiento de la misma dentro de la clínica analítica. En la primera de ellas, el autor plantea que la agresividad se manifiesta en la subjetividad,

como parte de la estructura misma del sujeto. Esto es determinado en función de que, tanto en la agresividad como en el acto analítico, se produce una transmisión por recurrencia propia de nuestra capacidad de diálogo en tanto sujetos hablantes. La consideración al respecto de la agresividad como estructural pone en juego la idea de que ésta es intrínseca al sujeto e ineliminable. En este sentido, no es posible pensar el lazo con otros por fuera de la misma.

Al respecto del centro de interés del presente trabajo cabe considerar también la cuarta tesis expuesta por Lacan. Allí el autor plantea que la agresividad es una tendencia que se pone en juego a partir de un proceso de identificación con otro. El propio autor define “la noción de agresividad como tensión correlativa de la estructura narcisista en el devenir del sujeto” (Lacan, 2008, s/p). Esto quiere decir que la agresividad surge a partir del reconocimiento del cuerpo fragmentado y la identificación frente a la imagen alienante. La consideración del “yo es otro” da lugar a comprender que la identificación primera produce una estructuración en el sujeto que lo ubica en una rivalidad consigo mismo. Con esta identificación se estructura el narcisismo y el yo. Esto permite comprender la implicancia de las tendencias agresivas sobre los rechazos del sujeto en el propio desarrollo y el plano de la realización, particularmente en los momentos de metamorfosis libidinal. Esta consideración permite reparar sobre el lugar que ocupan los niños en relación al narcisismo de sus padres. El propio narcisismo de los padres, sobre el que se asientan las tendencias agresivas más profundamente arraigadas, dará lugar a que estas se pongan en marcha a partir de la llegada de un hijo que viene a colmar ciertas fantasías e ideales pertenecientes a ellos. Esa posición del hijo como producto de sí mismo junto a la rivalidad sobre lo propio, dan lugar al desencadenamiento de situaciones y vivencias manchadas con tintes agresivos y violentos sobre la figura del niño. Así, el niño queda capturado por el goce y el fantasma del Otro, en tanto adulto significativo, y sometido a sus manifestaciones violentas.

10

Con lo planteado hasta aquí, es posible considerar que la familia cumple un rol fundamental en tanto le permite al sujeto el ingreso a la cultura, por ser primer grupo de pertenencia de todo ser humano. Sin embargo, Peusner (2020) establece, desde una perspectiva crítica, que la familia ideal es aquella constituida por una pareja conyugal heterosexual con hijos menores y solteros, donde todo lo que escape a ello se considera como desorden. Es decir, se define a una familia como ideal en tanto se sostiene bajo el mandato biológico. Pero, más allá de su configuración, la familia tiene como principal función la transmisión de la cultura, en tanto transmisión irreductible. Una transmisión que opera por lo simbólico y que se encuentra en relación a un deseo que no sea anónimo.

Aunque la familia se ocupe de dicha transmisión cultural, la crianza de los niños siempre será desproporcionada, en términos de Pablo Peusner. Esta desproporción, que se relaciona directamente con la pulsión entra en juego en tanto somos sujetos del lenguaje. El autor plantea que el animal, regido completamente por el instinto, se mantiene en un estado de proporción ya que siguen la línea de un programa genético sin errores. En el animal no opera el significante, no entra en juego el lenguaje. Entonces, Peusner determina:

No vivimos en la naturaleza, sino en la cultura. Y porque la diferencia entre la cultura y la naturaleza es el lenguaje, en la cultura no hay proporción sino malestar. Este malestar podría ser otro de los nombres freudianos para la desproporción sexual. En líneas generales, el malestar en la cultura quiere decir que todo lo que en el sujeto humano hablante se puede pensar como un fenómeno biológico, todo aquello en lo que se parece a un animal, en realidad está profundamente afectado, modificado,

transformado y deformado hasta el malestar, por su inmersión en el lenguaje (Peusner, 2020, p.4)

Esto quiere decir que, en tanto no hay posibilidad de pensar al sujeto humano hablante absolutamente anclado a los mandatos biológicos, naturales e instintuales, es que se lo ubica en el plano de la desproporción, por el hecho de ser hablante. Esta desproporción incluye a distintos aspectos de la vida, como ser la alimentación, el descanso, la reproducción y la sexualidad. En este sentido, en tanto el sujeto va en contra de las determinaciones biológicas, no es posible pensar su convivencia únicamente dentro de esa familia ideal.

Dicha desproporción incide sobre la crianza de los niños. En tanto el sujeto hablante se aleja de lo naturalmente establecido, el instinto no será la guía para la crianza que los padres ejerzan sobre sus hijos. En este punto es que el autor establece la idea de crianza desproporcionada, ya que estamos inmersos en el lenguaje, lo cual implica dejar de lado a lo instintual y entrar en el campo de la pulsión. Desde los mandatos que impone la cultura, la crianza es *“como se puede”*, dando lugar a la mencionada desproporción ya que se trata de una crianza siempre en demasía o defectuosa.

Teniendo en cuenta que la crianza es siempre y necesariamente desproporcionada, donde se pone en juego un exceso o desborde, cabe plantear el lugar de la violencia como producto de dicha desproporción. La desproporción en la crianza se presenta como un ordenador clínico, en tanto se la plantea como lo propio del sujeto hablante. El mismo lugar ocupa la violencia, ya que no puede ser pensada como una desviación del instinto (instinto atribuido mayormente al desarrollo de la maternidad), sino que va de la mano de la mencionada desproporción. Por lo cual, no se puede dejar de considerar la incidencia de la desproporción en la crianza dentro del espacio de la clínica psicoanalítica en su aplicación en niños y el análisis de la violencia parental leído desde estas coordenadas.

Considerando la incidencia que tiene la cultura y la civilización en el desarrollo y la crianza de los niños, es necesario reconocer también las influencias que estas mismas tienen sobre los distintos actos violentos que se ponen en marcha sobre el niño. En este sentido, cabe mencionar al infanticidio simbólico, definido de esta manera por Leandro de

11

Lajonquiere (2011). El autor plantea que las consideraciones al respecto del niño han ido cambiando junto a los diferentes momentos de la historia de la humanidad (tal como se describió en el capítulo anterior). En función de estos cambios, vivir una infancia plena es un evento que puede darse o no en los niños de la actualidad. En la preocupación de los adultos por que el niño pueda desarrollar su vida conforme a sus derechos y necesidades, se ponen en juego actitudes que se contraponen a ello. Lajonquiere determina:

En un intento de escapar, caemos en la inhibición de no hablarle al niño con el propósito de no correr riesgos, o bien actuamos eso mismo que tememos para llegar así, en el propio límite de lo real, incluso a darle la muerte, como informan a diario los periódicos y los telenoticieros. (Lajonquiere, 2011, p.18)

Esa excesiva preocupación se relaciona con la idea de que “la infancia está desapareciendo”, por lo que se exagera en el intento de que el niño pueda transcurrirla de la mejor manera. El autor establece que se llega hasta el punto de no hablarle al niño para evitar ponerlo en riesgo, conciderándolo como quien podría prescindir de la figura de los otros primordiales.

Más allá de dicha preocupación, la violencia hacia los niños sigue sucediendo. Pero cuando se piensa en violencia, no sólo se hace referencia a un maltrato físico que deja marcas en la piel, sino que también tiene que ver con el lugar de abandono al niño bajo la premisa de que *“es inteligente, es avanzado, es distinto a los niños de otras épocas”*, como pueden pronunciar algunos adultos. Al respecto de este infanticidio simbólico, el autor plantea: “No olvidemos que a menudo el niño termina siendo <<largado>>, olvidado, incluso por la propia maquina burocrática y judicial que proclama proteger los derechos <<de El-Niño>>” (Lajonquiere, 2011, p. 207). En este punto, el autor destaca el hecho de que el intento por resarcir ciertas falencias a través de políticas que se ocupan de cuidar al niño, son producto de la distancia generacional entre éste y el adulto. Una desproporción entre generaciones que es inaceptable para el adulto y provoca las acciones anteriormente establecidas.

En relación con el recorrido del autor, es posible considerar las cuestiones que atraviesan al infanticidio simbólico desde una perspectiva clínica. En este sentido, se puede establecer la idea de cierta “violencia de época”, donde los intentos por proteger al niño terminan volviéndose contra él. Pareciera que algo de la extranjería propia de la infancia se vuelve insoportable para el adulto. Así, se establece la mencionada distancia generacional como un indicador clínico, en tanto productora de violencias por parte de las figuras parentales, donde (como ya se mencionó) algo de su propio narcisismo cobra un valor preponderante ante la extranjería que representa el niño. En términos clínicos, estas coordenadas son principales para el trabajo analítico, donde el analista debe tener la capacidad reconocer los aspectos que le son propios a su época y trabajar con ello dentro del espacio analítico, como ordenadores clínicos.

Por otra parte, Janin (2009) establece algunas consideraciones al respecto de la violencia sobre los niños. La autora comienza diferenciando una violencia estructurante, que abre posibilidades y conexiones, de una desestructurante. Esta última es definida como “la irrupción desmedida, en el quiebre de lazos, en el desconocimiento del otro como tal” (Janin, 2009, p. 15). En función a la problemática abordada por el presente trabajo, el interés recaerá sobre la segunda, ya que el analista trabajará sobre aquellas situaciones que han sido destructivas para el niño. Esta violencia desestructurante puede ser considerada como aquella que no le permite al sujeto poder entrar en el universo del Otro, quedando apartado de lo simbólico que viene aparejado, ni se construye su singularidad individual. Una violencia desestructurante como marca de la desproporción que presenta Pablo Peusner.

12

En relación a dicha desestructuración, la autora determina a la violencia como una forma de anular al otro, de ubicarlo en un lugar de no-reconocimiento y de establecer la ruptura de lazos. Reforzando la premisa que se viene sosteniendo al respecto del lugar que ocupan los niños en el narcisismo de sus padres, Janin establece que la violencia de los adultos puede provenir de la diferencia que encuentran entre el hijo real y el hijo ideal que no puede ser aceptado. Con respecto a esto, Peusner plantea: “un hijo o una hija son siempre más, menos u otra cosa distinta de lo que se esperaba – y ya tenemos ahí un matiz de la desproporción” (Peusner, 2020, p. 5)

En tanto entra en juego algo del narcisismo de los padres, en la violencia ejercida sobre el niño se esconde otro acto; un ataque sobre aquello que quisieran destruir de sí mismos, que retorna desde el otro. Es decir, lo propio insoportable retorna desde afuera y debe ser destruido. De esta manera, plantea que algunos actos violentos son a modo de *“hacerse ver”*, es decir se anula la subjetividad del otro para poder constituirse ellos mismos como sujetos, tomando un lugar y posición específica frente otros.

Es por ello que la familia y el entorno cotidiano cobran un lugar destacado, ya que en

tanto sostienen, evitan que se pongan en marcha dichos actos violentos que buscan registrar la existencia de sí mismo. A su vez, este lugar de importancia de la familia se ve afectado por los cambios y convulsiones que atraviesa a la sociedad actual. Cuando la sociedad está en crisis, los niños se verán ubicados en un lugar de plena vulnerabilidad, impactando directamente sobre su estructuración subjetiva. “La hostilidad manifiesta en el maltrato garantizan el vínculo indiscriminado, incestuoso e imposibilita la separación” (Janin, 2009, p.23). Esto quiere decir que el lugar que ocupa la familia, en tanto cumple la función de transmitir la cultura al niño, se ve afectado por las situaciones de violencia que se vivencian en el seno de la misma.

Esta consideración en torno a la familia como la que se ocupa de transmitir diferentes aspectos que hacen que el sujeto pueda ingresar a la cultura, es establecido por Peusner, en su lectura de Lacan. Siguiendo esta idea, Janin propone que la familia también hará una transmisión de aquellos modos vinculares violentos, provocando una perturbación en las interacciones familiares a través de generaciones. En tanto herencia, no sólo pone en juego la repetición incesante, sino que también limita la creatividad de las generaciones siguientes. Al contrario, quien ha podido tramitar dichas vivencias, hacer un registro de diferencias y cualidades y establecer la posibilidad de historizar, estará abierto a la transmisión ideales y normas que son propias de las funciones materna y paterna, posibilitando el reconocimiento del niño como otro semejante y diferente. En ese sentido, la violencia que proviene de los sujetos parentales imprime marcas sobre el niño, dando lugar a una estructuración (o desestructuración) más o menos patológica. Este punto también puede ser considerado como un organizador clínico, ya que permite reflexionar sobre el lugar de captura del niño al respecto del discurso parental que lo atraviesa; para intentar, dentro del espacio analítico, establecer una diferencia en torno a ello.

De los distintos efectos que estas vivencias pueden tener en el niño, siempre en consideración de su singularidad, puede destacarse la repetición de la vivencia de manera activa o pasiva. Es decir, el niño se ubicará como agresor, a partir del mecanismo de identificación; o buscará un nuevo agresor para que se ocupe de que la escena se reproduzca exactamente. Esta repetición a la que se refiere la autora permite que se pueda pensar el lugar que toma el juego dentro de la clínica psicoanalítica con niños. Se sabe que en el juego no se trata de una mera repetición, pero sí de una resignificación y simbolización que toma gran importancia en función de los movimientos que se puedan realizar dentro del espacio clínico.

Para finalizar, a modo de síntesis, cabe destacar que no se puede considerar a la violencia como una monstruosidad que se aleja del instinto de crianza. Más bien, guarda una relación estrecha con la desproporción, propia del sujeto hablante, que afecta directamente a la crianza. En este punto, se la puede pensar como parte del malestar en la cultura. Al mismo tiempo, se relaciona el comportamiento violento de los padres con el modo singular en que reciben la extranjería que el hijo trae, donde se pone en juego algo del narcisismo de estos. Allí, el niño queda capturado por el goce de Otro. En este sentido,

13

es preciso establecer que, si bien la violencia no es una categoría desarrollada desde las conceptualizaciones del Psicoanálisis, puede determinarse que hay diferentes coordenadas que sirven para el establecimiento de ordenadores clínicos al momento de enfrentarse a esta problemática. De esta manera, el analista en su labor tendrá en cuenta dichos organizadores, junto con las particularidades de la situación y la singularidad del niño y su familia. Frente a este escenario es que se puede ubicar al juego como una puesta en acto ficcional, considerando sus potencialidades en tanto herramienta de investigación clínica.

**EL JUEGO EN LA CLÍNICA.**

Es propicio recuperar las ideas planteadas anteriormente, en torno a la conceptualización de la categoría de niño y su entrada en el campo simbólico y el lenguaje. En función de ello se puede concebir al juego como una puesta en acto por parte del niño, que le permite simbolizar lo que le acontece, donde se da lugar a que algo de la ficción y escenificación se ponga en marcha. De este modo, se abre la puerta al

decir infantil. Cabe resaltar, que esta manera de definir al juego forma parte de una de las operaciones que puede adoptar el mismo dentro de la clínica psicoanalítica con niños. El juego es considerado como un articulador clínico, sin dejar de tener en cuenta su función en tanto estructurante (como aquella herramienta que posibilita la investigación propia del niño, anteriormente mencionada).

Tal como propone Luciano Lutereau (2017): “Lo más propio de un niño es aquello a lo que juega, es el modo de jugar, aquello que podríamos llamar juego” (p. 38). En este sentido se vuelve primordial tomar al juego, dentro del espacio analítico, como punto de partida para abordar cualquier problemática que afecte al niño. Esta afirmación es sostenida por los grandes referentes del psicoanálisis con niños, considerándolo un modo de expresión de las formaciones inconscientes. Esta premisa se sostiene en este escrito, donde la problemática con respecto a la violencia proveniente de las figuras parentales cobra principal interés, y la consideración del juego como puesta en acto ficcional se perfila como la estrategia clínica privilegiada para abordar dicha situación.

Pero, ¿por qué el juego? ¿Por qué el psicoanálisis lo ubica en un lugar de tal importancia? Lutereau (2014) propone una respuesta que resulta interesante: “mucho antes de estar preparado neurológicamente, incluso de decir una palabra, el ser humano se dispone al juego” (p. 45). Es decir, antes que el niño pueda tener la capacidad de hablar, va a surgir la posibilidad de dar lugar a la expresión, la simbolización, el aprendizaje y la estructuración subjetiva a través del juego. El juego es mucho más que diversión.

Reconociendo su consideración, es necesario recuperar los planteos de diversos autores al respecto del juego, en tanto permitan construir una estrategia clínica al momento en que el analista se enfrenta a un niño en situación de violencia ejercida por sus figuras parentales.

En primer lugar, se puede comenzar haciendo referencia a los aportes de Freud con respecto al juego. En su obra se reconoce una evolución del concepto, donde al principio se relacionan juego y placer. Luego, con el cambio en el modelo pulsional, esto ya no será así. La primera alusión de Freud a la idea del juego como ganancia de placer se puede rastrear en *Tres ensayos de teoría sexual* (1978), en relación a las excitaciones sexuales a partir de los movimientos mecánicos propios de los juegos de acción pasiva (por ejemplo, ser hamacados). Los niños insisten en la repetición de este juego por la ganancia de placer que trae anudado.

Dando un paso más dentro de los desarrollos freudianos, se debe destacar el texto *El creador literario y el fantaseo* (1986b). Aquí Freud plantea que el juego es la actividad en la que el niño ocupa la mayor parte de su tiempo y, a través de la cual, crea un mundo propio para un juego en particular, donde se ponen en marcha grandes montos de afecto. El niño traslada objetos y situaciones imaginadas al mundo concreto y observable. De esta manera, se dan las primeras pautas para pensar al juego como un modo de ficcionalizar del niño, que le permite ir contando su propia historia.

Asimismo, Freud relaciona el juego al deseo del niño de ser un adulto; en contraparte plantea que las fantasías del adulto estarán guiadas por deseos insatisfechos. Ambos implican la búsqueda de un cumplimiento de deseo en la realidad presente.

Muchas cosas que de ser reales no depararían goce pueden, empero, depararlo en el juego de la fantasía, y muchas excitaciones que en sí mismas son en verdad penosas pueden convertirse en fuentes de placer para el auditorio y los espectadores del poeta. (Freud, 1986b, p. 128)

texto, Freud hace una descripción de su observación y análisis del juego de un niño, como uno de los ejemplos de actividades anímicas no reguladas por el principio de placer. A partir de aquí, dejando de lado la idea de que el juego tiene relación con la ganancia de placer, puede comenzar a leerse la idea del juego como puesta en acto, donde algo de lo vivenciado se reedita.

Freud convivió durante cierto tiempo con un niño de un año y medio y sus padres, lo cual le permitió develar el sentido de un primer juego que se presentaba como enigmático. Se describe que el niño tenía un hábito, que se repetía con frecuencia, donde arrojaba lejos de sí pequeños objetos o juguetes. Al hacerlo, pronunciaba con satisfacción un “oooo”, lo cual significaba “fort”, que su traducción al español es “se fue”. Lo llamado por Lacan como el juego del *Fort-Da*, es el juego con un carretel de madera atado a un piolín que el niño arrojaba detrás de la baranda de su cuna; el carretel desaparecía y el niño pronunciaba su “oooo”. Luego, tiraba del piolín, sacando el carretel de la cuna y decía “da”, que significa “acá está”. A partir de aquí Freud interpreta dicho juego como un logro cultural del niño, donde se renuncia a la satisfacción pulsional por la partida de la madre y se resarcía a partir de una escena de presencia y ausencia con sus juguetes.

Pero Freud se replantea lo anterior: “Es imposible que la partida de la madre le resultara agradable, o aun indiferente. Entonces, ¿cómo se concilia con el principio de placer que repitiese en calidad de juego esta vivencia penosa para él?” (Freud, 1986a, p. 15). La conclusión a la que Freud arribó es que el niño convirtió esa vivencia en juego a partir de modificar su posición: de vivirla de manera pasiva a ser un agente activo.

El acto de arrojar el objeto para que “se vaya” acaso era la satisfacción de un impulso, sofocado por el niño en su conducta, a vengarse de la madre por su partida; así vendría a tener este arrogante significado: << Y bien, vete pues; no te necesito, yo mismo te hecho>> (Freud, 1986a, p. 16).

Entonces, aunque la repetición en el juego se anude a una ganancia de placer, Freud plantea que los niños repiten en el escenario lúdico todo lo que les haya significado una gran impresión (aun siendo una impresión de carácter displacentero). Así, la abreaccionan y se adueñan de la situación. Es decir, que el juego posibilita la elaboración psíquica una vivencia displacentera del niño a partir de su intento por dominar totalmente la escena. De esta manera se puede considerar al juego de los niños que atraviesan vivencias violentas provenientes de figuras parentales. La puesta en acto de la vivencia a través del juego es la clave que posibilita considerarlo como una herramienta de trabajo dentro de la clínica psicoanalítica con niños.

Sumando a esta premisa, al respecto de este análisis de Freud, Aída Dinerstein (2020) establece:

El juego, sobre todo el de los niños pequeños, obedece al impulso de elaborar psíquicamente algo impresionante, en el intento de conseguir su total dominio. Es una comprobación que los niños insisten en sus juegos alrededor de aquello que les da miedo o que los excita hasta el punto de la insatisfacción en una repetición que, siempre actual, cesará sólo cuando la represión pueda imponer su marca.” (s/p).

En este punto, se puede reconocer a través del juego aquello que el niño necesita reelaborar y simbolizar frente a una situación que genera insatisfacción o dolor, tal como podría ser una situación de violencia. La escenificación y puesta en acto del niño a través del juego se convierten en un punto clave del pensamiento en torno al análisis de los niños. El niño hace y juega para poder resignificar sus vivencias y tomar una posición activa al respecto de ellas.

Continuando con la consideración acerca del juego y sus potencialidades dentro del espacio clínico, cabe tener en cuenta los planteos de Donad Winnicott, quien se destaca por ser uno de los pensadores del psicoanálisis que construyó su propia teoría sobre el juego. En este sentido, cabe destacar que desarrolló una diferenciación entre juego (play) y jugar (playing); la primera tiene que ver con una actividad y modalidad de experiencia, mientras la segunda se pone en relación con el hacer. Por lo tanto, para el autor, el jugar implica una operatoria sobre los objetos con los que el niño se encuentra en el mundo, dando lugar al despliegue de las fantasías. Para este autor, el juego es una actividad creadora.

En 1942, Winnicott se pregunta “¿por qué juegan los niños?”; y expone sus ideas en un artículo titulado de esa manera. Dentro de las diferentes razones que expone, se pueden considerar algunas por su pertinencia para el desarrollo de este escrito. Por un lado, plantea que el niño juega para expresar su agresividad. En este sentido, propone que es la modalidad que encuentran para liberar el odio y la agresión, como un modo de descarga. Esta expresión agresiva debe ser llevada a cabo en un ambiente conocido y de confianza para el niño, para que ese odio y violencia no se vuelva contra él mismo. De algún modo, el niño busca protegerse de la agresividad a través de su descarga vía el juego.

Por otro lado, otra de las razones que tiene el niño para jugar es en relación a poder establecer una comunicación con quienes lo rodean. En palabras de Winnicott (1942): “Un niño puede estar tratando de exhibir, por lo menos, parte del mundo interior, así como del exterior, a personas elegidas del ambiente” (s/p). Se plantea que el juego se ubica en un mismo nivel que los sueños, en función a que se puede revelar su sentido más profundo e implica una comunicación.

De esta manera, con ambas premisas, se puede seguir sosteniendo una concepción de juego como puesta en acto, donde las situaciones violentas que atraviesan al niño (considerando como tal, a aquellas que implican a su propia agresividad puesta en marcha, o circunstancias de violencia por parte de quienes lo rodean), encontrarán una necesaria descarga y exteriorización. En función de lo que Winnicott describe en su artículo, el juego se considera como la forma que tiene el niño para expresarse, simbolizar y resignificar aquello con lo que se encuentra en el ambiente que lo rodea. A través del juego, el niño puede dar un tratamiento ficcional a sus tendencias agresivas y, al mismo tiempo, permite que otro pueda hacer una lectura de ello. Esto último es lo que se desarrolla específicamente en el espacio analítico, en tanto el juego sirve como insumo fundamental para el establecimiento de la relación transferencial con el analista.

En función a esta última consideración, cabe conceptualizar al juego como un acto de ficcionalización. Dicha ficción se puede entender en función a cierta escenificación que realiza el niño, donde lo expresado no necesariamente debe ser algo acontecido en la realidad. Lo ficcionalizado incluye al deseo y la fantasía del niño, poniendo en marcha su capacidad creadora en torno a aquello que lo atraviesa.

Lutereau (2014) destaca que “en la experiencia lúdica vale más el hacer” (p. 23), donde toma un lugar de protagonismo el hábito de fingir del niño, quien se crea historias y hace como si fuera otra cosa de la que es.

Es así que en el juego de ficción se instala un mundo irreal, que es complementario al mundo real. En este mundo ficcional, todo lo que forma parte de la realidad se pone en suspenso y entra en juego un goce en torno a la simulación. Dicha simulación le permite al niño romper con la fijeza del ser, en tanto pueda compartir la situación de ficción con

quien esté dispuesto a ser engañado.

Continuando con esta idea, Jaime Fernández Miranda (2019) describe al juego como un equilibrio entre lo real y lo ficcional, donde este último se ve interrumpido por el primero.

17

Estas interrupciones implican contingencias, accidentes, aquello inesperado que proviene del mundo circundante, ya que se juega con los objetos pertenecientes al mundo. Estos objetos que intervienen en el juego están atravesados por la misma tensión: lo ficcional aparece en el lugar que el niño les da a los objetos que utiliza en su juego (un juguete se convierte en tal cuando un niño le da ese lugar, cuando juega con él); lo real se representa por el límite que impone el objeto a las fantasías desplegadas en el juego del niño.

Este autor determina un límite claro que lo real impone a lo que deviene de las fantasías inconscientes y se manifiesta en la escena lúdica:

En definitiva, si el juego está afectado por aquello que insiste, por aquello que retorna desde la escena inconsciente, también lleva la marca de la contingencia, una contingencia radical que es constitutiva del juego porque el juego transcurre en la trabazón con lo real del objeto.  
(Fernández Miranda, 2019, s/p)

Esta conjunción entre lo real y lo ficcional del juego se puede establecer a partir de la conceptualización que hacen dos referentes del psicoanálisis. Tal como se mencionó anteriormente, Winnicott plantea al juego como una actividad creadora. Esto se puede comparar con la última gran conceptualización de Freud en torno al juego como un acto sesgado por la compulsión a la repetición. En este punto se puede recuperar lo que establece Jaime Fernández Miranda: “El juego es siempre novedoso, siempre diferente a sí mismo, impredecible y contingente, y al mismo tiempo hay en él una persistente insistencia de lo mismo” (2019, s/p).

En estas dos conceptualizaciones del juego se diferencian ciertas dimensiones: Freud considera un tratamiento del juego sobre la influencia proveniente del interior, mientras que Winnicott hace una relación del juego y los objetos exteriores. Considerando que el juego se da como un acto de ficcionalización, cabe determinar que cuenta con cierta dimensión creativa, aun dentro del circuito cerrado en el cual se da la escena. Es preciso diferenciar que la repetición dentro del juego tiene que ver con aquello que forma parte del mundo pulsional, que se ocupa de reelaborar algo perteneciente al mismo, mientras que la dimensión creativa dentro del espacio lúdico se pone en juego frente a las contingencias e imprevistos provenientes del mundo exterior.

Entre estos dos mundos se ubica el juego, donde lo ficcional implica un trabajo de elaboración de lo que es ajeno para el niño. Fernández Miranda plantea al respecto: “El niño que juega intenta dominar vía invención las ajenidades que lo acechan y al mismo tiempo se deja tomar por ellas” (2019, s/p). Ese encuentro con lo ajeno constituye una experiencia para el niño, la cual se da gracias al juego, en tanto actividad que le permite ficcionar sobre lo que le afecta. A través de lo lúdico de la ficción, algo de lo inconsciente queda capturado y se manifiesta como lo más propio y ajeno -a la vez- del sujeto. En el acto de simular y crear un mundo diferente al que es, el niño logra darle un estatuto a aquello que le acontece en lo más profundo de sí mismo, aquello inasimilable, que solo puede ser tramitado y expresado desde un *como sí*, desde el lugar que le ofrece la fantasía y la ficción.

Teniendo en cuenta las dos consideraciones que se han descrito en torno al juego (su conceptualización como puesta en acto y, por otro lado, en tanto ficcionalización), se puede aseverar que las mismas se encuentran entrelazadas. Cuando el niño juega, pone

en marcha un acto de simbolización en relación a aquello que le ocurre en su cotidianeidad. Pensar un proceso de simbolización pone en juego la idea de que aquello que es traído a la escena lúdica no se presenta de manera exacta que lo acontecido en la realidad. Es por ello que se hace necesario tener en cuenta el aspecto ficcional del juego, la escenificación que permite al niño hacer soportable la representación de ciertos aspectos oscuros de su vida.

Atendiendo a esta conceptualización es que se realizaría una lectura dentro de la clínica psicoanalítica con niños. Tomando específicamente la problemática que se propone

18

trabajar dentro del presente escrito, cabe determinar que la escenificación de vivencias dentro del seno familiar que se caracterizan por ser violentas sería puesta en acto, de modo ficcional, dentro del espacio analítico. Allí, serán de vital importancia las estrategias que el analista adopte para su abordaje y reelaboración, ya que, en palabras de Janin: “Cuando se trabaja con niños que han sido maltratados, se ve que lo que necesitan es ampliar las posibilidades de simbolizar... entiéndase por esto armar historias” (2009, p. 29/30). En este sentido, no solo toman un lugar destacado las palabras, sino también los actos y escenificaciones que el niño ponga en marcha.

## **CONCLUSIÓN**

El desarrollo anterior se ha centrado en la consideración acerca del juego y sus potencialidades como puesta en acto ficcional para poder dar lugar a un decir infantil al respecto de situaciones violentas proveniente de figuras parentales. Desde un posicionamiento propio de la clínica psicoanalítica aplicada a niños, y la revisión y retrabajo de ensayos de diferentes autores abocados a dicha práctica, se han podido

establecer ciertas consideraciones. A modo de cierre, es necesario recapitular algunas de las ideas a las que se ha arribado en el presente escrito.

En primer lugar, cabe resignificar el valor del abordaje al respecto de una problemática tan grave y que tiene atrapados a tantos niños, como lo es la violencia, en este caso abocado estrictamente a aquella que proviene de quienes ocupan roles parentales en su vida. Esta situación afectará claramente al niño en su constitución subjetiva y en su relación con el entorno familiar y social. De inicio se ubica, entonces, una *especificidad* en lo que respecta a la problemática de la violencia proveniente de figuras parentales. De aquí el interés principal para realizar el desarrollo anterior.

Si bien la violencia no es una categoría descrita estrictamente desde el Psicoanálisis, se han podido establecer ciertos indicadores clínicos que tendrán un lugar capital al momento de llevar adelante un trabajo analítico bajo estas condiciones. Como primer aspecto a tener en cuenta, Lacan (2008) estableció ciertas tendencias agresivas que le son intrínsecas al sujeto, como parte de la estructura. Por lo cual, no puede concebirse la existencia de un resguardo absoluto al respecto de la violencia, ya que será parte de todos los sujetos. Pero es posible discernir ciertos ordenadores, que permiten la labor clínica tomando como eje a la violencia parental, como ser el lugar que ocupa el niño al respecto del narcisismo de los padres. En este sentido, algo de la distancia generacional atenta contra el niño, ya que al adulto se le presenta como insoportable. De esta manera, el niño es ubicado por sus padres en el lugar de un extranjero-familiar, donde algo de lo propio se vuelve ajeno y ello puede desatar ciertas tendencias violentas del adulto que se verán volcadas sobre su hijo.

Otro de los ordenadores clínicos a tener en cuenta es la idea de Pablo Peusner (2020) al respecto de la desproporción sexual de todo sujeto hablante, lo cual tiene sus incidencias sobre la crianza del niño. La crianza es siempre, y en todos los casos, desproporcionada. La marca de la desproporción atraviesa las situaciones de violencia vivenciadas por los niños. Esto se ha establecido en función de considerar a la desproporción como una desviación del instinto a partir de la sumisión en el lenguaje, propio de todo ser humano. Por ello, en este ensayo, se sostiene la idea de la violencia como una de las formas que puede adoptar la desproporción que afecta a la crianza de los niños. Esto se dará en función de coordenadas específicas, propias de cada caso, donde se produzcan operaciones a partir del antes mencionado narcisismo de los padres.

Si bien, como se ha establecido, hay algo de la violencia que se presenta como estructural en el sujeto, y se puede potenciar a partir de la desproporción que se pone en juego en la crianza, es necesario reconocer que las condiciones propias de nuestra época abren paso a nuevas violencias, como modalidades específicas de estos tiempos. En este sentido, Lajonquiere (2011) define la categoría de "infanticidio simbólico", la cual se basa en la idea de que el niño podría prescindir de su relación con los padres para garantizar su protección. Pero, al mismo tiempo, cabe considerar a esta destitución de las figuras parentales como la provocadora de profundos efectos sobre el niño, afectando en gran medida a su constitución en tanto sujeto. Llevando estas ideas a la clínica psicoanalítica, el analista deberá tener consideración de los aspectos que son propios de una época y leer la situación de violencia de padres hacia sus hijos desde esta perspectiva.

Los indicadores clínicos anteriormente mencionados serán la clave bajo la cual acercarse a una interpretación del juego dentro del espacio clínico. El juego toma un lugar fundamental en la práctica clínica ya que es de las primeras actividades que el niño pone en marcha, la cual permite conocer algo de su mundo interior. En el presente escrito, se adoptó la premisa fundamental en torno a que el juego se presenta como una puesta en

acto ficcional, lo cual implica una gran potencialidad del mismo al permitir una lectura por parte del analista al respecto de la singularidad del niño. De esta manera, el juego se define como una herramienta y un articulador dentro de la clínica con niños. Tal como

establece Freud (1986b), los niños tienden a repetir en el juego aquello que les haya significado una gran impresión. Pero, no solo estas vivencias se repiten, sino que, a través de la actividad lúdica, se logra darle un nuevo sentido por la puesta en marcha de cierta reelaboración y simbolización. Esto se produce en tanto el juego es considerado como una actividad creadora, tal como propone Winnicott (1942), donde la ficcionalización y la escenificación que lleve a cabo el niño, sin dejar de tener en cuenta el límite que impone la realidad, cobran un rol principal en torno a la producción de ese nuevo sentido. Es que, como producto de esta ficcionalización y la fantasía, el niño puede conectarse con lo más oscuro de sus propias vivencias y tramitarlo por estas mismas vías.

En este sentido, a través del juego, el niño puede poner en acto, llevando a cabo una ficción y una simbolización, para dar lugar a un decir acerca de aquello que vivencia en su cotidianidad cargada de violencia. Dentro de esta ficcionalización, al niño se le abre la posibilidad de inventarse su propia historia, ya que le permite introducir algo nuevo, contar de un modo que no estaba dicho o pensado previamente. Por esto, el juego es la herramienta fundamental para el trabajo analítico con niños. La puesta en acto, de modo ficcional, a través del juego de las vivencias que afectan al niño es la clave que posibilita considerarlo como tal. En este punto, es preciso determinar que el juego que se lleva a cabo dentro del espacio analítico es necesariamente diferente al juego que el niño pueda desarrollar en soledad, con un compañerito de juego u otro adulto que no lleve adelante un trabajo clínico. El lugar que toma el analista al introducir variaciones e interpretar el juego del niño tendrá efectos significativos sobre la ficción que el niño arma.

En función a lo expuesto anteriormente, se hace necesario abrir lugar a la reflexión y la revalorización del juego dentro de la clínica analítica aplicada a niños. Si bien es un supuesto que ha sido sostenido por los principales analistas que se han dedicado a las prácticas con niños, es una consideración que no debe perder vigencia en una época como la nuestra. La tecnología ha avasallado todos los ámbitos de la vida del sujeto, y los momentos lúdicos y de creatividad se han visto desestimados. Por lo que la resignificación de la actividad lúdica debe ir de la mano de su consideración en tanto la modalidad por excelencia que los niños adoptan para poder poner en marcha algo de un decir propio de la época infantil. Un decir que no adopta palabras o expresiones, sino que simboliza aquello que se encuentra velado y es inabordable por otra vía. Dar lugar a un decir desde lo lúdico al respecto de vivencias del niño como las que se abordan en el presente trabajo, puede abrir la puerta a nuevas condiciones de vida para un niño que está siendo afectado en el momento de mayor valor en relación a su constitución como sujeto.

## BIBLIOGRAFÍA:

- Ariés, P. (1987). “El descubrimiento de la infancia”. En: *El niño y la vida familiar en el Antiguo régimen*. 1° ed. Madrid. Taurus.
- Bardi, D., Jaleh, M., y Luzzi, A. M. (2011). “La conceptualización psicoanalítica del juego en la obra de algunos autores argentinos”. En: *Perspectivas en Psicología: Revista de Psicología y Ciencias Afines*, N°8. Visita el 4 de agosto de 2020 en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=4835/483549017012>
- De Lajonquiere, L (2011). “Introducción” y “Sobre una degradación general de la vida con los niños”. En: *Figuras de lo infantil. El psicoanálisis en la vida cotidiana con los niños*. 1° ed. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Dinerstein, A. (2020). “El juego en el psicoanálisis con niños”. en: *Fort-Da*. N° 2. Visita 16 de diciembre de 2020 en: <https://www.fort-da.org/fort-da2/juego.htm> •
- Fernández Miranda, J. (2019). “El juego y el analista”. En: *Fort-Da*. N°13. Visita el 16 de diciembre del 2020 en: <https://www.fort-da.org/fort-da13/fernandez.htm> •
- Flesler, A. (2011). “El niño en análisis” y “Los tiempos del juego”. En: *El niño en análisis y el lugar de los padres*. 1° ed. Buenos Aires. Paidós.
- Freud, S. (1978). *Tres ensayos de teoría sexual*. 1° ed. Buenos Aires. Amorrortu. •
- Freud, S. (1984). *Más allá del principio de placer*. 2°ed. Buenos Aires. Amorrortu. •
- Freud, S. (1986a). *El malestar en la cultura*. 2° ed. Buenos Aires. Amorrortu. •
- Freud, S. (1986b). *El creador literario y el fantaseo*. 2° ed. Buenos Aires. Amorrortu.
- Janin, B. (2009). “La violencia en la estructuración subjetiva”. En: *Cuestiones de infancia*, n°13.
- Labos, E. (1998). “Niños en psicoanálisis”. En: *Abordajes en psicoanálisis con niños*. Volumen XX n°2. Visita 1 de Julio de 2020 en <http://biblioapdeba.noip.org/pgmedia/EDocs/1998-revista2-Labos>
- Lacan, J. (2008). “Agresividad en el psicoanálisis”. En: *Escritos 1*. 2°ed. Buenos Aires. Siglo XXI
- Lutereau, L. (2014). *El idioma de los niños: lo infantil en nuestra época*. 1° ed. Buenos Aires. Letra Viva.
- Lutereau, L. (2017). *Los nombres del juego: Seminario de clínica con niños*. 1° ed. Buenos Aires. Letra Viva.
- Peusner, P. (2020). “Del ideal de la familia a la crianza desproporcionada: un recorrido que el psicoanálisis lacaniano ilumina”. En: *Conferencias en*

- pandemia*. Buenos Aires. Edición de autor, libre circulación.
- Soto Pérez, B. (2005). “La construcción subjetiva en el psicoanálisis y su relación con el concepto de desarrollo”. En: *Fort-Da*. N° 8. Visita 1 de Julio de 2020 en: <https://www.fort-da.org/fort-da8/soto.htm>
  - Winnicott, D. “¿Por qué juegan los niños?”. Visita 12 de diciembre de 2020 en: <https://www.psicoanalisis.org/winnicott/juegonin.htm>